



ROSAS DE FRANCIA: LAS HUELLAS INICIALES DE LA LITERATURA EN PEREIRA*

Roses from France: the initial tracks of literature in Pereira

*Rigoberto Gil Montoya ***

* Conferencia dictada en la FERIA DEL LIBRO – UNIVERSIDAD CATÓLICA DE PEREIRA - Agosto 16 de 2013, en el marco de la celebración de los 150 años de la ciudad de Pereira

** Doctor en Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor titular de la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha publicado los libros El laberinto de las secretas angustias (Editorial Lealón, 1992), Premio Nacional de Novela “Ciudad de Pereira”; La urbanidad de las especies (1996); Perros de paja (Cine Club Borges, 2000); Nido de cóndores: aspectos de la vida cotidiana de Pereira en los años veinte (Ministerio de Cultura, 2002); Retazos de ciudad (Universidad de Caldas, 2002); Pereira: visión caleidoscópica (Instituto de Cultura, 2002); Plop (Sic, Editorial, 2004) y Territorios (Ediciones Sin Nombre, México, 2010).

SÍNTESIS:

Todo tiene un origen, un momento o una raíz y en el caso de los procesos de escritura en nuestra ciudad, por supuesto, tenemos unas raíces esenciales. De eso es lo que pretendo hablarles hoy: de los orígenes de la literatura en Pereira.

Lo primero que quiero decir es que la literatura nuestra empieza sobre todo a ser publicada en periódicos de muy poca circulación. Bien saben ustedes que Pereira es fundada en 1863, o sea, casi a mediados del siglo XIX. Sucedió que a comienzos del siglo XX un comerciante que vivía en Manizales se radicó en Pereira y trajo algo que iba a ser maravilloso para nuestra historia local: trajo una imprenta a la que denominó con su nombre: la Imprenta de Emiliano Botero. La trajo en 1903 y ese mismo año publicó allí, de acuerdo con mis pesquisas, el periódico El Pijao. No hemos visto ningún ejemplar de este periódico, es todo un misterio su existencia. Pero es un periódico que los propios cronistas de la época enumeran en sus inventarios. Un cronista como don Carlos Echeverry Uribe reseña este periódico y da cuenta de él; además porque él fue uno de sus editores.

DESCRIPTORES:

Literatura-Historia; Crónica; Imprenta; Novela; Narrativa

ABSTRACT:

Everything has an origin, a moment or a root, and in the processes of writing in our city, of course, we have essential roots. That is what I intend to talk to them today: the origins of literature in Pereira.

The first thing I want to say is that our literature begins to be published in newspapers with very little circulation. Well you know that Pereira was founded in 1863, that is, almost in the middle of the 19th century. It happened that at the beginning of the 20th century, a merchant who lived in Manizales settled in Pereira and brought something that was going to be wonderful for our local history: He brought a printing press which called with its name: the printing of Emiliano Botero. He brought it in 1903 and in the same year published there, according to my research, the newspaper The Pijao. We have not seen any copy of this newspaper; a mystery is of its existence; but it is a newspaper which the chroniclers of the time listed in their inventories. A chronicler as don Carlos Echeverry Uribe reviews this paper and gives an account of it; because he was one of its editors.

DESCRIPTORS:

Literature-History; chronicle; printing; novel; narrative

ROSAS DE FRANCIA: LAS HUELLAS INICIALES DE LA LITERATURA EN PEREIRA

Para citar este artículo: Gil Montoya, Rigoberto (2013). "Rosas de Francia: las huellas iniciales de la literatura en Pereira". En: *Revista Académica e Institucional Páginas de la UCP*, N° 94: p.119-p.130.

Cuando uno hace las pesquisas de la primera crónica escrita en nuestra ciudad, el primer periódico que uno encuentra, el más antiguo, es éste que ustedes ven aquí expuesto. Se llamó *El Esfuerzo* y fue publicado a partir de 1905. Esa publicación se hizo hasta 1906 o 1907. No hay mucho registro de ese periódico, porque se conocen muy pocos ejemplares. Muestra de él puede consultarse en el Área Cultural del Banco de la República. Allí hay unos cuantos ejemplares de *El Esfuerzo*. Entre otras cosas, hay que decir que los pocos ejemplares que se conocen de este periódico fundacional fueron donados por Hugo Ángel Jaramillo, que fue uno de los grandes cronistas e historiadores de la ciudad. Recuerden ustedes que Ángel Jaramillo publicó en 1983 dos tomos importantes de Pereira titulados: *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano* y esos dos tomos son esenciales para conocer mucho de nuestra historia y nuestra literatura, en cuyos inicios el periodismo cobró un protagonismo especial.

Quiero contar una curiosidad: el director de *El Esfuerzo*, don Emiliano Botero, se quejaba de que había muy pocos suscriptores en la aldea para sostener su empresa editorial. A ellos se les endilgaba la responsabilidad de sostener el periódico. *El Esfuerzo*, al igual que muchos otros periódicos que se publicaron en las dos primeras décadas del siglo XX, se vendía por suscripción y por eso en sus páginas se les llamaba la atención para que pagaran a tiempo el derecho de leer el periódico e incluso se les amenazaba con publicar sus nombres si no se ponían al día con

sus obligaciones adquiridas. Visto con alguna perspectiva histórica, hay como una cierta ingenuidad en todo ese universo que se origina en los terrenos de la escritura, pues todo es nuevo, tanto la circulación de periódicos para su lectura, como la figura del lector al que se le conmina a pagar el derecho de leer.

Después de esta primera experiencia de escritura y circulación, aparecen otros periódicos, quizá mejor publicados, mejor diseñados, aunque no por eso se supera el problema del suscriptor que debe ponerse al día con el pago de la suscripción. En las dos primeras décadas del siglo XX aparecen periódicos como *El Pueblo*, publicado por el cronista Carlos Echeverri Uribe en 1909. Por ese mismo año Echeverri Uribe escribió un libro que va a ser también esencial para conocer los procesos iniciales de la ciudad, un libro que título *Historia de Pereira*, simplemente así. De ese modo este comerciante, oriundo de Antioquia, se convertirá en uno de los primeros cronistas e historiadores de la ciudad. En este libro el cronista se dio a la tarea de analizar algunos documentos sobre la llegada de los Quimbaya, sobre el asunto de la colonización, sobre la construcción de la ciudad en 1863, sobre la primera misa que se dio en una esquina de la plaza de Bolívar, oficiada por el padre Remigio Antonio Cañarte, etc. Todos esos datos que nosotros conocemos de Pereira Carlos Echeverri Uribe los describe en ese texto inicial de 1909; un texto que luego va a ser reeditado en una edición aumentada y que publicará en 1921, en la famosa Editorial Bedout de Medellín. De

modo que seguimos creciendo en asuntos de escritura. Lo que permitirá que Pereira empiece a construir su propia memoria y surjan con ella la intención de algunos de escribir literatura.

Vale la pena recordar que hubo otros periódicos que circularon en la ciudad; por ejemplo, *La Lezna*, un periódico del que se conocen muy pocos ejemplares; sólo hay unos tantos en la Biblioteca Nacional de Bogotá. O el periódico *Minerva*, de 1912, publicado por Alfonso Mejía Robledo cuando aún era estudiante de bachillerato. Tenía quince años de edad. Es la época en que empieza una necesidad o un deseo de nombrar la ciudad. Les voy a leer solo lo que se dice en una de las páginas de *Minerva* para que ustedes se enteren cómo escribían en su momento y qué era lo que los periodistas le exigían al Concejo Municipal, es decir, a las autoridades locales. Leo:

Pila y Acueducto

A la plaza principal de Pereira, para completarle su embellecimiento, le es estéticamente indispensable una magnífica y hermosa pila con abundantes aguas suficientes para provisionar las casas del centro de la población; para lo cual se necesita construir un hermoso acueducto por donde pase un grande arroyo de agua; pues su escasez es mucha, porque en muy pocas partes existen pozos o bombas para recogerla. Pudiera imponérsele a cada jefe de familia o dueño de casa, una pequeña cuota para atender a la construcción de una pila y un acueducto, y así podersele provisionar fácilmente su habitación de un buen chorro de agua, porque son muchos los trabajos que se pasan para poder conseguir la que sea suficiente para su hogar, sin que tengan que acudir muchas veces a recogerla de asquerosos pantanos,

por lo cual resultan dichas bebidas sumamente antihigiénicas.

He aquí todo un relato para decir que Pereira no tiene agua en el centro de la ciudad y que se necesita instalar un pila o un pozo para que la gente pueda recolectarla. Esa forma en que se escribe, esa necesidad que tienen estos primeros periodistas y escritores de nombrar la ciudad y de reclamar un espacio, unas obras para su poblado, son, en gran medida, los gérmenes de nuestra literatura; porque digamos que hay un deseo de escribir bien, un deseo de relatar, de contar, y, en este caso, a propósito de *Minerva*, una urgencia por nombrar y declarar la existencia de una comunidad. Esta pequeña hoja impresa, que data de 1912, fue dirigida, como ya expresé, por Alfonso Mejía Robledo. Él había nacido en Villamaría, Caldas, en 1897, pero se trasladó a Pereira con su familia a comienzos del siglo XX. Mejía Robledo era sólo un chico cuando se inició en el oficio del periodismo y ya se preocupaba por exigirle a las autoridades locales que tenía que haber cambios en la ciudad y renovación urbana. Y ese chico es el autor de *Rosas de Francia*, la primera novela que, a nuestro juicio, inaugura la narrativa de ficción en Pereira.

Me atrevo a plantear una sospecha inicial: los primeros autores y narradores nuestros los encontramos en el campo del periodismo, cuya dinámica empezó de la manera más casual, como lo escribió en 1960 el cronista Eduardo Correa Uribe al referirse a la historia del periodismo local. Dijo Correa Uribe que don Emiliano Botero, el primer comerciante que se le ocurrió la idea de instalar una imprenta en Pereira, era un “ciudadano muy honorable que de la noche a la mañana se hizo periodista”. Es decir, uno se acuesta sin ser periodista y se despierta siéndolo. De modo que gracias a ese milagro empezó el periodismo y la escritura de la ciudad: de la noche a la mañana. Luego algunos de estos primeros

periodistas evolucionaron y se convirtieron en poetas, cuentistas y cronistas. Eso sí, a la par de este ejercicio intelectual, algunos de ellos se hicieron también las veces de concejales y servidores públicos, resaltando una característica que es propia en la cultura colombiana del siglo XX: quienes escriben, también hacen política o están cerca de este escenario influyendo en materia ideológica.

El segundo momento importante para nuestros procesos de escritura lo encontramos con la instalación de la Imprenta Nariño, de la que tenemos noticia a partir de 1909 más o menos. La imprenta fue dirigida por Ignacio Puerta, que la trajo de Manizales. Allí se publicaron la mayoría de periódicos que circularon en el pequeño poblado en las dos primeras décadas del XX. Hablo de periódicos como *El Pueblo* (190-1910) y *La Mazorca* (1910), dirigidos por Carlos Echeverri Uribe, o *La semilla* (1909), dirigido por Julio y Roberto Cano; o *La Lezna* (1910), dirigido por José María Holguín; o *Juego limpio*, que fue publicado por Elías Uribe en 1912. En fin, la lista de estos periódicos, cuya vida fue efímera en muchos de los casos, es siempre extensa. Cabe decir también que en estos periódicos se dan las primeras bases de la publicidad y de la manera como los periódicos se convierten en referentes importantes del acontecer cotidiano. En *La Mazorca* se lee, por ejemplo, esta publicidad sobre la Imprenta Nariño: “¿Quiere usted buenos trabajos tipográficos que le queden a su gusto? Ocupe este establecimiento y se convencerá que no es caña lo anunciado. Precios rebajados”.

Fue en la Imprenta Nariño donde Alfonso Mejía Robledo Robledo publicó sus primeros periódicos. Ya nos hemos referido a *Minerva*, que data de 1912. Luego publicó uno más ambicioso: *Vendimias*, que data de 1914. Vendimia es una palabra especial, muy antigua, de esas palabras

que poco usamos hoy. Y además el periódico tenía un subtítulo: “Hebdomadario artístico-literario”. Hebdomadario significa semanario y con ello el editor quería decir a los suscriptores que su periódico saldría semanalmente.

Bien, a partir de este proceso inicial periodístico, con el que Pereira nace a un nuevo siglo, surgirán las primeras voces de poetas y versificadores y esa necesidad germinal de escritura para la ciudad. No solamente se hace periodismo, sino que a través de ese periodismo se dejan escuchar las primeras voces literarias. Y viene después una época que la podríamos llamar como la de la *Belle Époque*. Me refiero a los años 20, donde hay como una especie de fortalecimiento de los procesos de escritura, una necesidad de producir cosas, de hacer cosas, porque la ciudad ya empieza a crecer; ya no es un simple poblado que le falta agua en el centro de la plaza, sino que ya empiezan a aparecer una serie de construcciones, de arquitectura moderna, como muy bien lo expresa el trabajo artístico de Vivina Ángel, una de cuyas obras sirve de portada a la reedición de la novela *Rosas de Francia*. En uno de sus collages la artista Ángel muestra cómo la ciudad tradicional, la de construcciones de bahareque (casas con aleros, con chambranas y ventanas amplias), se va transformado y exhibe un nuevo rostro, una arquitectura más compleja y llamativa, justo en el periodo republicano, tan en boga en el desarrollo arquitectónico de las grandes ciudades del país en la década del veinte. Una arquitectura que, valga decir, definitivamente fue arrasada por el desarrollo de la ciudad. Porque una característica que ha tenido nuestra ciudad es que ha habido muy poca preocupación por conservar la arquitectura, sobre todo una arquitectura que le sea propia, una arquitectura en bahareque; una arquitectura “temblorera”, como la llamó el hoy senador Jorge Enrique Robledo, antiguo profesor de la Universidad Nacional de Manizales. Una

arquitectura que que ha sido, como lo demostró Robledo en uno de sus trabajos académicos, resistente a temblores y terremotos.

De esta época son las construcciones de las que hoy se conserva algo: la estación del tren en el Parque Olaya Herrera, el edificio de Rentas Departamentales, en una de las esquinas de la plaza Victoria, donde en su momento uno de nuestros grandes coleccionistas, el profesor Jaime Ochoa Ochoa, tuvo allí parte de su biblioteca, en la que conserva lo que se ha publicado en el Gran Caldas en materia bibliográfica; o pensemos en las construcciones del Gran Hotel, o las bellas casas residenciales de La Circunvalar. En fin, hablamos de una época floreciente en la que Pereira apuesta por la modernización. Y por eso no es gratuito que surja la necesidad de escribir novela, porque este género revela que la sociedad se moderniza y que necesita su representación, su relato. Por eso *Rosas de Francia* pertenece también a este periodo.

Los años veinte son también, para Pereira, los de su evolución comercial, social y cultural. Las fotografías de la época, por ejemplo, revelan a una ciudad en blanco y negro. Estas fotografías registran, en gran medida, todo lo que sucede a nivel urbano, sobre todo en el centro de la ciudad. Esas imágenes exhiben todo lo que acontece y es grande para los pereiranos: la Batalla de la Flores, los desfiles del cuerpo de bomberos, la Semana Santa, las fiestas de aniversario de la ciudad, las ferias semestrales de comercio. A través de estos eventos se muestra que en la ciudad circulan autos lujosos y que es inevitable que las calles se amplíen para que la gente viva las rutinas urbanas, en medio de la actividad comercial y de la oferta cultural, sobre todo la que se ofrece en los parques (las famosas kermesses) y la que ofrece el famoso Teatro Caldas, en cuyo escenario se presentan recitales poéticos, conferencias sobre higiene, magos

europesos, cantantes y compañías extranjeras de comedia y teatro.

A propósito de parques, no podemos dejar de lado el Lago Uribe Uribe. Ustedes lo saben: es un lugar muy importante para la ciudad, porque es uno de los lugares apropiados, conquistados por la gente; un lugar para el esparcimiento y la fiesta, para la celebración y el encuentro. Recordemos que allí se hacían regatas. Basta ver una de las fotografías del Lago Uribe Uribe de los años veinte, para comprobar que una bella arquitectura se ha perdido en sus alrededores. Si nosotrosuviésemos esta arquitectura para mostrar en este momento en Pereira, podríamos decir que tendríamos un centro histórico y al mismo tiempo, podríamos hacer de ese centro histórico un lugar de encuentro para la memoria de una ciudad que se desliga de su pasado, sin pensar que ese pasado puede hacerse visible como huella y devenir de lo que somos.

Las rutinas eran otras y otra la dinámica de sus gentes. Un cronista de la época, don Ricardo Sánchez, se quejaba en una de sus crónicas de cómo la modernización había llegado para complicarles su vida aldeana, pues ya salir a la calle implicaba estar pendiente del tránsito vehicular y de las aglomeraciones. Recuerdo una anécdota al respecto, que debí leer en las páginas de los primeros ejemplares de *El Diario*, el periódico más importante de aquellas décadas, de propiedad de Eduardo??? Correa Uribe. Me acuerdo de haber leído una noticia que el tiempo ha transformado, en mi memoria, en una suerte de epifanía o de síntesis poética. La noticia relata que hubo un accidente de tránsito en pleno centro de la plaza de Bolívar. Imagínense ustedes los accidentes de tránsito de esa época, los carros a qué velocidad podían recorrer las calles empedradas. La ciudad había visto llegar el primer vehículo a motor (que trajeron desarmado desde Cerritos a falta de carreteras y

lo armaron en plena plaza principal) unos quince años atrás, en 1914. El ruido que hizo ese primer carro aterró a los lugareños, como el ruido de la primera motocicleta, según lo cuenta, a su manera, el cronista Euclides Jaramillo Arango en 1984, en su libro *Terror!*. Pero ubiquémonos en los años veinte. El número de carros que había en la ciudad era muy escaso, porque los vehículos seguían siendo una novedad; entonces *El Diario* publicó una noticia registrando un accidente terrible que se presentó en todo el centro de la ciudad, porque las llantas de un carro, que eran muy delgadas, se enredaron con la llanta con que un niño venía jugando en la vía. Uno solía jugar con esas llantas de chico. A la llanta se la hacía rodar con un palo y uno corría a la misma velocidad con que la hacía rodar. Un juego popular e inocente era el que practicaba el niño aquel de los años veinte. Pues bien, las llantas del carro, dice la noticia, se enredaron aparatosamente con la llanta del niño y el carro se volcó, con todo y pasajeros. Dice la noticia entonces (y aquí anida la poesía en su estado puro) que *hubo heridos de consideración, que fueron trasladados al Hospital San Jorge y se cree, con fundamento, que morirán de hoy a mañana*. Esta es una noticia de los años 20, la década en que Alfonso Mejía Robledo, después de publicar un par de libros de poesía —uno de ellos en Panamá, de donde es oriunda su esposa Rita Andrión—, se atrevió a publicar *Rosas de Francia*, la primera novela escrita por un pereirano.

Todo esto lo cuento para advertir que había en la ciudad un deseo de civilización, un interés por mostrarse y exhibir el avance de la pequeña ciudad, es decir, el progreso. Esa era la noción que se defendía entonces y eso se hacía palpable en unas dinámicas cotidianas, porque se tenían carros modernos, teléfonos automáticos, acueducto y se consumían productos importados en los almacenes. Lo otro es que se instala una industria incipiente y, por lo tanto,

unas formas de intercambio distintas, más allá de las propias de la arriería. Pues bien, eso fue lo que se dejó ver en imágenes en la película *Nido de cóndores* del año 26. Una película financiada por la Sociedad de Mejoras de Pereira, donde Manuel Mejía Robledo y Alfonso, su hermano, desempeñaron un rol significativo. Alfonso Mejía Robledo fue el encargado de escribir el guión de la película y fue, en buena medida, el responsable de rodar la película en compañía de Máximo Calvo. De esta manera Pereira se hacía visible para el país a través del cine, como lo hiciera Manizales a través de un documental en el que se puede observar a los manizalitas recorriendo, descalzos, pero bien vestidos, el centro de su ciudad.

Debo confesar que siempre me han importado los temas históricos de la ciudad y a raíz de ese interés he publicado un par de libros. Uno de ellos se titula *Nido de cóndores: aspectos de la vida cotidiana de Pereira en los años veinte* (2002). Una buena parte de la información que da base a mi trabajo la obtuve escudriñando en una biblioteca especial ubicada en una buhardilla. Me refiero a la casa que hoy sirve de sede al Concejo Municipal, enseguida de la casa de aspecto colonial, muy antioqueña, en la que vivió el poeta Luis Carlos González. He ahí dos símbolos caros a la arquitectura de la ciudad y dos ámbitos o espacios en que nuestra literatura se hará visible para la historia reciente. La casa, de corte inglés, era del humanista Jorge Roa Martínez, el fundador de la Universidad Tecnológica de Pereira. Roa Martínez fue un hombre de cultura y un gran lector. Tenía una rica biblioteca, con cerca de cinco mil libros clasificados en un inventario que él produjo en su máquina de escribir. Tuve acceso a ella en los años 90, gracias a la generosidad de la señora Tulia Drews, la viuda de Roa Martínez. Allí descubrí que nosotros teníamos una literatura y, sobre todo, una memoria escrita que era necesario leer. Para dar sólo un ejemplo: allí encontré un valioso

libro escrito por la señora Rita Andrión, esposa de Alfonso Mejía Robledo. Un libro titulado *Mis recuerdos de colegio*, de 1938, en donde la señora Andrión cuenta amenamente cómo fue educada en Francia por una comunidad religiosa y cómo esa educación la preparó para la vida del matrimonio. Ese libro fue publicado en Pereira por Alfonso Mejía Robledo en su propia editorial, Panoramas. Allí empecé a encontrar las primeras huellas del que ahora considero uno de los primeros intelectuales y escritores de nuestra ciudad.

Bien, hemos hablado de una época esencial para Pereira, la de los años veinte. Y hemos referido un poco sobre su historia, en particular la que tiene que ver con sus procesos sociales y culturales, donde lo arquitectónico es un elemento inherente a su representación. Digamos que esta arquitectura, este tipo de paisaje, es el que en buena medida va a aparecer en esos primeros textos periodísticos y literarios que se publican en la ciudad. A propósito de esos textos representativos, permítanme leerles uno que simboliza muy bien las circunstancias de la época. Este es un texto publicado en la revista *Varietades* de mediados de 1927. *Flores y botellas*, lo titula el cronista que escribe bajo el seudónimo Don M. Terio:

La gente de mi pueblo es gente buena
y en mi pueblo la vida se desliza
con una placidez que causa pena
y a más de un revoltoso martiriza.

Se trabaja y se sufre en armonías
sin que nadie se muera de tristeza,
muy pocos han ganado lotería
y nadie se ha cortado la cabeza.

La gente de mi pueblo, cierto día,
para beneficiar a unos señores
organizó con lujo y alegría
la bellísima Fiesta de las Flores.

Nunca gozó mi pueblo de igual modo,
mozas y viejas, viéronse dichosas,
la lucha diaria se olvidó de todo
entre las margaritas y las rosas.

Y parece mentira, mas la gente
de mi pueblo, de vida tan tranquila,
bebióse de cerveza y aguardiente
y otros varios licores una pila.

Y no sé cómo fue, pero el caso
que de la fiesta de las flores bellas
resultó el más estúpido ruidazo
de rotura de copas y botellas.

Hubo gritos y bala y pescozones
y de mi pueblo la tranquila gente
hizo más ruido que diez mil cañones y
veinte mil ingleses en Oriente.

La gente de mi pueblo es gente buena
y en mi pueblo la vida se desliza
con una placidez que causa pena
y a más de un revoltoso martiriza.

Esta resulta ser una forma festiva, bastante entretenida de narrar lo que sucedió en aquella época. Además de que la narración se hace en verso y con un sentido del humor heredado, sin duda, de la mejor tradición campesina oral, propia de la arriería. Otro viso de lo que para entonces constituía una literatura en ciernes.

A estas alturas de mis reflexiones, podemos afirmar que nuestra ciudad crece en su perímetro urbano, en su infraestructura, a la vez que delinea sus improntas más enraizadas. Una de ellas tiene que ver con su actividad comercial. Pereira es una ciudad comercial, ese ha sido uno de sus eslóganes. Una impronta que le ha agenciado una cierta rencilla con Manizales, a la que se ha pretendido ver como una ciudad culta, distinta a la nuestra. Esta es una vieja rencilla, por

supuesto, que surgió desde los tiempos en que Pereira pertenecía a Caldas y aún no tenía la categoría de capital. Pero nuestra ciudad decide separarse de Caldas a comienzos del siglo XX y busca su propio lugar. Y lo comercial le queda bien, porque al hablar de Pereira, hablamos de una ciudad ubicada estratégicamente en el Occidente colombiano. Por eso no extraña que al referirse a Pereira, historiadores y cronistas hablen de un *cruce de caminos*, cuyo primer lugar de intercambio fue la fonda y el complejo mundo de la arriería.

Pereira decidió separarse de Caldas, para hacerse una ciudad autónoma, sin depender políticamente de Caldas. Esa separación le dolió a los caldenses, por supuesto, porque era tanto como quitar una ciudad del mapa de Caldas. Ello implicaba tener menos recursos de la nación. A partir de esta autonomía crecen los malentendidos, pero también las diferencias. Manizales es la ciudad de las *puertas abiertas* y Pereira es la *ciudad sin puertas*. Esto define dos formas de generar procesos sociales. Digamos que en términos simbólicos Manizales puede cerrar las puertas cuando quiera, porque las tiene abiertas. Pereira en cambio no tiene puertas y no hay nada cerrar. En tal sentido, nuestra ciudad es más abierta, nuestra ciudad es más de paso, nuestra ciudad es más tolerante, si se quiere, con quienes entran y salen libremente de su circuito de influencia. Se comprende que las rencillas culturales sigan vigentes entre la dos ciudades.

Se suele pensar que Manizales es la ciudad cultural por excelencia, la ciudad artística, la ciudad de las universidades y Pereira es, ante todo, una ciudad comercial. Y algunas ironías remarcan esa diferencia, como la que se le endilga al cronista Euclides Jaramillo Arango, quien habría dicho que en Pereira *las únicas letras que interesan son las letras de cambio*. Si los propios cronistas dicen eso, se comprende por qué los

imaginarios opuestos entre ambas ciudades consiguen afianzarse en el tiempo.

Sin embargo, cuando uno escudriña en su historia, en la historia de Pereira, uno se da cuenta que no es tan cierto aquello de que a la ciudad sólo le interese la actividad comercial y financiera. *Pueblo de fenicios*, así la denominó Hugo Ángel Jaramillo. Pereira también le apostó a unos procesos de escritura; también le apostó a la poesía, al arte, es decir a todo una serie de manifestaciones que son propias de los pueblos y que, por supuesto, están ligadas a una actividad comercial, que es la que en realidad mueve a todos los pueblos, a las ciudades que buscan un bienestar. El comercio es un motor que impulsa procesos de desarrollo y el comercio es inherente a las actividades propias de la condición de la sociedad, de los grupos que se mueven, que intercambian, que hacen transacciones, que producen y consumen. De suerte que nuestra ciudad no es la excepción.

De las fotografías que suelo mostrar una me resulta bien significativa. Se trata de Luis Carlos González, que posa con su hermana en un estudio, cuando ambos eran muy chicos. A mi modo de ver, ese niño de apellido González se torna representación simbólica de un proceso de escritura y este niño tiene una gran importancia en la ciudad no solamente porque será el creador de bambucos populares que ustedes conocen, sino porque hizo una obra literaria que todavía se lee hoy con mucha atención. Los invito a leer, si no lo han hecho, una obra que muy seguramente está aquí, en esta confortable biblioteca de la Universidad Católica, que se llama *Recocando imágenes*, publicado en 1984. Es un libro donde Luis Carlos González quiso recrear la época de los años veinte, o sea la época de su infancia. Él logra recrear aquel momento a través de su pluma ágil y divertida. Y nos permite ver, desde su honda nostalgia, lo que Pereira era en ese

entonces y de qué modo la sociedad se organizaba para asumir los retos de la modernización. Aquello de que la ciudad ha tenido vocación de solidaria y participativa forma parte de sus *cordeles de historia*, como llama el poeta González a su ejercicio como cronista.

Pero a la par que se acendran las empresas colectivas y la dinámica del comercio se aviva con la celebración de las ferias semestrales, también se aviva en la comunidad la necesidad de representar unos ideales y unos imaginarios, la necesidad de darle palabra a la emoción, al pensamiento, a la vida sugestiva. Es ahí cuando aparecen revistas tan esenciales para esa representación inicial como *Variedades* de 1925, *Lengua y Raza* de 1926 y *Panoramas* de 1936, esta última dirigida por Alfonso Mejía Robledo. Es ahí, también, cuando aparece el discurso de la novela, como uno de esos grandes formatos que permiten recrear la vida y la historia privada de una colectividad. No extraña por eso que Alfonso Mejía Robledo cree su novela *Rosas de Francia* a comienzos de la década del veinte y que luego de participar en un concurso intencional, donde obtiene una mención, se decida a publicar esa obra tan importante para la historia literaria nuestra. Y lo curioso de esta obra es que el autor pereirano consiga publicarla en la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, en pleno centro de París, en el 222 del Boulevard Saint-Germain, tan famoso en *Rayuela*, la novela de Cortázar. Eso habla de las ambiciones del artista y de la dimensión estética que le da a su ópera prima. Era 1926, un año en que podríamos decir que se inaugura la novela como género para nuestra ciudad.

Alfonso Mejía Robledo era un reconocido comerciante. Fue propietario del Almacén Universal, un local ubicado en una calle de la plaza de Bolívar, a unas pocas casas de la Catedral. Era un almacén donde se vendía de

todo: productos agrícolas, máquinas para labores del campo, carros de marcas exclusivas, productos de tocador importados y, en especial, libros. Allí nuestro escritor y comerciante vendía sobre todo novelas románticas, propias del folletín, como correspondía a la sensibilidad de una época que aún bebía del espíritu romántico del siglo XIX. Los lectores de aquellos tiempos disfrutaban de las tramas inventadas por autoras como Carolina Invernizo y Carlota Braeme. Frente a este tipo de autoras se comprende por qué Mejía Robledo va a crear una trama romántica en su novela y por qué va a privilegiar el sentimiento trágico en sus personajes.

De modo que la primera edición de *Rosas de Francia* se hace en París. Años más tarde, en 1931, Mejía Robledo permite una segunda edición de la obra. Esta vez en Medellín, en el periódico *La Defensa*. Esta edición tiene la particularidad de que se hace por entregas, a la manera del folletín decimonónico. Y luego, en 1937, quizá alentado por la buena recepción que tuvo su obra en el país, Mejía Robledo decide publicar una versión definitiva de su novela en la Editorial Panoramas, que él ha creado, junto con su esposa, en Pereira. Entre la edición parisina y la edición pereirana, hay significativos cambios. Uno de ellos, quizá el más diciente, sea el cambio de final de la novela. En la primera edición el final es trágico, angustiante. En la segunda, en cambio, el final es optimista, alentador. Desconozco por qué el autor hizo esos cambios, pero uno podría sospechar que, o bien el autor quiso tanto a sus personajes, se encariñó con ellos, que le dolía verlos sufrir; o bien porque los lectores de la época le hicieron el reclamo, acaso porque no podían soportar que los personajes centrales de la novela, el joven poeta Ricardo y la bella Lucía Pinar, sufrieran, en grado sumo, el dolor de los amores imposibles, a la manera de *María*, la novela de Isaacs.

La verdad es que la característica esencial de *Rosas de Francia* es que es una novela folletinesca, romántica en exceso; es una novela para uno sentarse a llorar y ese era un gesto singular de la época: que el lector sintiera que los personajes sufrían, que los personajes amaban y que no eran correspondidos o que las circunstancias de la vida no les eran favorables, que los personajes se podían morir de amor, así de simple, o, mejor, así de complejo.

Rosas de Francia cuenta una historia de amor y esa historia entre un joven poeta, Ricardo, y una bella y aristocrática mujer de provincia, Lucía Pinar, es su esencia y su trama sentimental. Ricardo es un poeta romántico casi adolescente, que va por el mundo asumiendo una visión de las cosas que hoy podría verse un tanto desgastada. Ricardo viaja por Centroamérica, de pueblo en pueblo y participa activamente en recitales poéticos y tertulias literarias, de la mano de sus amigos más queridos. Justo en Manzanares, una provincia que tal vez podríamos ubicar en Panamá, Ricardo conoce a Lucía Pinar en una velada teatral y se prenda ella. Nace en los dos un amor juvenil que inevitablemente los llevaría al altar, como los cánones cristianos lo demandaban entonces. Pero a raíz de algunos compromisos del poeta Ricardo en La Habana –que lo obligan a dejar Manzanares– y de la negativa de sus padres frente al hecho, enfrebrecido, de que desea contraer en breve nupcias con su amada, el amor entre la pareja se torna un drama mediado por la correspondencia sentimental entre ambos, por un acto heroico del poeta en altamar y por la enfermedad de la amada. El momento más sublime será la separación de la pareja, cuya ausencia llenarán a través de la escritura de sentidas cartas que nos recordarán, para este presente, que el sentimiento del amor es tan antiguo como las lágrimas:

Mayo 31. – Ricardo mío: Hay sentimientos tan íntimos que no podemos expresarlos con palabras; sonreímos. ¡Hablamos con los ojos y guardamos silencio!. Cuando sentimos un dolor espiritual, buscamos el medio de aminorarlo en la compañía de amigos fieles, a quienes contamos nuestras tristezas; pero si ese dolor crece y crece, vamos alejándonos de los hombres porque ya sus palabras son inútiles; y, si llega a su mayor intensidad, entonces sólo la soledad y el silencio nos incitan, porque todas las frases de consuelo nos parecen huérfanas de sentido. Así el amor: lo sentimos nacer y lo comunicamos a alguna amistad leal, pareciéndonos imposible contenerlo sin que estalle el corazón; pero si ese amor crece, y se agiganta, hasta el punto de llegar a constituir por completo nuestra vida, entonces, todas las palabras nos parecen pobres e inexpresivas; comprendemos que los hombres frívolos no comprenderán toda excelsitud de nuestros sentimientos y buscamos los parajes solitarios donde el silencio reina; dejamos vagar nuestras miradas por el azul de los cielos, porque únicamente allí encontramos algo que se asemeje a la grandeza de nuestro amor...»

«Esta noche he contemplado mucho la bóveda celeste. He visto la estrellita de nuestros amores, a través de la ventana de mi estudio, brillando siempre por encima de la copa de la cercana acacia, sola y perdida entre una extensión muy negra. La vista de nuestra estrella me ha hecho sentir una nostalgia profunda. ¿Por qué no has venido esta noche, Ricardo? Cuánto vacío en mi corazón, sin ver tu frente pura, la dulce sonrisa de tus labios, tus ojos soñadores que expresan un mundo de esperanzas...»

Si jóvenes como ustedes leyeran ahora esta novela de Mejía Robledo, quizá se lleven una sorpresa con el lenguaje y la forma singular como el autor desarrolla una trama en todo caso idílica. Fuera de ese contexto del romanticismo tardío de las primeras décadas del siglo XX, tal vez la novela pueda ser leída como anacrónica, porque es demasiado romántica y a lo mejor este tipo de literatura en este momento no guste o esté lejos de la sensibilidad moderna. Pero lo que intentamos con el estudio preliminar de *Rosas de Francia* es, justamente, darle a la obra un lugar en la historia, darle un contexto. Mejía Robledo no escribió nada distinto a la manera como se escribía en aquella época, donde la sensibilidad exacerbada había sido delineada por Jorge Isaacs y lo trágico cotidiano había sido explorado por Julio Flórez, el poeta popular. Nuestro autor pereirano navega en esas aguas sin ahogarse.

Ese es, digamos, a grandes rasgos, la pertinencia de la novela de Alfonso Mejía Robledo. Una novela que hoy, gracias al apoyo de la Universidad Tecnológica y del sello Editorial Red Alma Mater, pudimos reeditar, sobre la base de un estudio crítico, a propósito de los ciento cincuenta años de fundación oficial de Pereira. De este modo, en compañía del profesor César Valencia Solanilla, pretendimos darle a esa obra un valor histórico, cuando pensamos que, por un lado, estamos frente a una obra que inaugura para nosotros el género de la novela como producción artística y, por otro lado, revelamos en esa obra los signos propios de una época y una cultura locales. Que los jóvenes de hoy puedan hallar en el idilio amoroso entre Ricardo y Lucila las pulsiones de una sensibilidad que hemos recibido como herencia, es ya una ganancia, un modo de crecer y de conocernos en el ámbito de una cultura que se enriquece con los años